

cuales los vínculos de la amistad, y cuales en fin, los deberes de amos y criados, objetos que nos ocuparán en el resto de esta obra.

De este modo la educacion imbuiría poco á poco el entendimiento y el corazon de los ciudadanos de conocimientos mucho mas útiles, sin duda, que no los que se sacan de los estudios por lo comun estériles para el entendimiento como para el alma. ¿ Para que sirve recargar la memoria con los sucesos de la historia antigua y moderna, si de ellos no se sabe sacar alguna instruccion útil á la generacion presente? ¿ Que fruto recoge uno de la lectura de los filósofos y sabios de la antigüedad, si no aplica sus máximas y lecciones á su propia conducta? En fin, de que aprovechan los talentos del alma, si no contribuyen ni á nuestra felicidad ni á la de los otros? La educacion pública, en las naciones mas ilustradas, forma un gran número de sabios, de literatos, de poetas frívolos, y de hombres eruditos y festivos; pero muy pocos ciudadanos buenos, ni hombres para la patria ni para sus familias, ni aun individuos capaces de conservarse y hacerse felices á sí propios.

Si la educacion pública deja entre nosotros á la juventud en una completa ignorancia de lo que debiera saber, no la preserva tampoco del conocimiento de los vicios que eternamente debiera ignorar. Los colegios, estos santuarios destinados á conservar la inocencia y pureza de la edad juvenil, sirven por lo comun para ha-

cerle contraer hábitos funestos y capaces de influir en la salud y bienestar de toda la vida: un solo jóven corrompido basta á veces para romper á todos sus compañeros. Nada es mas comun que ver una juventud enervada y enferma por la disolucion, y acostumbrada á los mas feos vicios, en el centro mismo de los asilos erigidos para preservarla de estos peligros.

Sin una reforma fundamental, la cual los gobiernos solamente pueden hacer, la juventud, aun en los países mas civilizados, estará por mucho tiempo privada de una educacion conforme á los verdaderos intereses de la sociedad. Los padres de familia que quieran conservar las buenas costumbres de sus hijos, y formarlos segun la sabiduría, la verdadera ciencia y la probidad, se verán reducidos á educarlos por sí mismos, si fueren capaces de ello; ó sino, tendrán que buscar preceptores dignos de su confianza, de su aprecio y de su reconocimiento.

Estos, para corresponder á sus designios, se guardarán mucho de usar con los niños que quieran formar en la subiduría y virtud, del tono imperioso de la pedantería. Sabrán muy bien que la tiranía cria esclavos, que los castigos arbitrarios no sirven mas que para irritar á los discípulos, y que no conviene hacer molestos sino amables los preceptos. Verán que las faltas confesadas merecen indulgencia, para alentarlos de este modo y acostumbrarlos al candor y la franqueza. Reconocerán que la ra-

zon , bien presentada y propuesta , se deja escuchar desde la edad mas tierna , y que así persuade y convence mas que no los preceptos no motivados , que hacen de los niños unas puras máquinas. *Un hombre bien nacido* , dice Ciceron , *solo obedece á los que le dan preceptos útiles , le instruyen en lo que debe aprender , y le mandan con una autoridad cuya utilidad en obedecerla el mismo reconoce.*

Los buenos preceptores sabrán que la infancia es sensible á la estimacion y á la vergüenza , y que estos móviles pueden ser empleados felizmente en la edad mas tierna. Observarán fácilmente que una aplicacion intensa y continuada daña la salud , y hace odioso el trabajo. Todo , enfin , les hará moderar prudentemente su autoridad. ¿ Hay cosa mas fea que esa pedantería tan comun , que se vanagloria del poder que impunemente ejerce sobre una tierna criatura , cuyas faltas en su edad merecen mas piedad que castigo ? Los castigos repetidos solo producen almas bajas y embusteros faltos de ideas de honor , y pierden todo su efecto si se hacen habituales ; los castigos no deben ser rigurosos , sino cuando se trata de sofocar las semillas de aquellas cualidades que anunciasen un mal corazon. La negra malicia , la altanería , la mentira , la injusticia , la ingratitude , la crueldad deben ser reprimidas con el mayor cuidado ; mas las faltas y defectos que provienen de la viveza ,

ligereza y travesura de la edad , deben ser fácilmente perdonadas.

Estos son los caminos que la razon propone á los preceptores de la juventud : esta es , en general , la conducta que ellos deben observar para hacer eficaces sus instrucciones : semejantes maestros deben ser honrados , queridos y dignamente recompensados ; y adquirirán derechos seguros y sagrados al eterno reconocimiento de los padres justos , y al de sus mismos hijos ; estos tarde ó temprano llegarán á conocer lo que deben á unos hombres que , sin desalentarse ni aburrirse por sus faltas , por su indolencia , por sus travesuras y por su pereza , han conseguido á fuerza de trabajos y desvelos formar de ellos unos ciudadanos apreciables , y hacerles amar el estudio y la aplicacion , en que hallarán toda su vida recursos seguros contra la ociosidad y el fastidio que atormentan á todos los hombres desocupados y perezosos : en suma , recocerán que una buena educacion es el mas grande beneficio , y que nunca podrán suficientemente pagar los trabajos y fatigas de los que se la dieron.

Si la educacion de los hombres se halla por lo comun tan descuidada y desatendida tanto por los padres imprudentes , como por los gobiernos poco sabios , la educacion del sexo destinado á formar buenas esposas y madres , la vemos enteramente olvidada en casi todas las naciones. El baile , la música y la aguja , he

aquí ordinariamente toda la ciencia que se enseña á las jóvenes que un dia han de gobernar familias (1) ! Hé aquí las perfecciones y talentos que se exigen de un sexo de quien depende la felicidad del nuestro ! Una madre se tiene por vigilante y cuidadosa cuando atormenta cruelmente á su hija por menudencias y bagatelas que ella misma debiera desatender y enseñarla á despreciar. Estas bagatelas parecen sin embargo tan graves á los ojos de la mayor parte de las madres que causan en ellas su continua rabia y mal humor, y en las hijas un manantial inagotable de pesadumbres y de lágrimas. En vez de formar sus corazones á la virtud, de hacerlas conocer las obligaciones que algun dia deberán cumplir, de adornar el entendimiento que han recibido de la naturaleza con conocimientos que las liberten del fastidio, á que estarán espuestas mucho mas que los hombres por todo el curso de su vida, la educacion que se les da, no tiene al parecer mas objeto que enloquecerlas, inspirarlas

(1) No podemos menos de referir aquí el modo con que un Moralista ridiculiza la educacion que se da á las niñas. *Tente firme y derecha : ¿ no ves que vas caída toda de este lado ? lo mismo andas que un pato : ¿ que boca tan puerca ! no te toques la cara ; levanta esa cabeza ; ¿ donde tienes los brazos y las manos ? Saca esos pies hácia fuera ; vuelve bien atrás esos brazos y esos hombros , etc. , etc. « He aquí por espacio » de doce ó quince años la moral de la mañana, de la tarde y » de la noche. Así el primer requisito para la educacion » de una señorita, es el maestro de baile ». *M. Champion.**

en brazos todavía de sus amas el gusto del ornato y de la vanidad, hacerlas fijar su atencion en las gracias del cuerpo, y descuidar enteramente los adornos del alma (1). Pudiera muy bien decirse que esta educacion únicamente se propone formar ídolos que se alimenten de inciensos y adulacion, y que vivan en una total ignorancia de lo que deben á su patria. Lo mismo que los príncipes, las mugeres son aduladas, y desconocen los deberes de la vida social : el modo comun de educarlas da á entender que se teme que sean racionales. Solo se las ocupa en el adorno y las modas ; no se las habla sino de diversiones, espéctaculos, bailes y tertulias ; se les dan ejemplos y lecciones de desenvoltura ; se las prepara de antemano al imperio que un dia han de ejercer ; y en fin, se las sugieren medios de irritar las pasiones á que se les debiera inspirar el mayor horror.

Así no es de admirar que las mugeres, criadas con estos principios, carezcan de las cualidades necesarias para contribuir á la felicidad de los demas, y ser ellas felices. Tampoco debemos sorprendernos al verlas caer frecuen-

(1) Es claro y evidente que las mugeres, condenadas á una eterna infancia, no son la causa que contribuye menos á los progresos del lujo y vanidad nacional. Se cuenta que en un país muy entregado al lujo, donde un *petimetre* no podia presentarse entre las gentes de *buen tono* sin llevar encages en la camisola, una señora, dominada de los caprichos del lujo, se quejó altamente á su marido por haberla presentado á un amigo que solo traia vueltas bordadas en la saya.

temente en los lazos de la galantería, ni de que sean incapaces de fijar con sus cualidades morales la inconstancia de los adoradores momentáneamente seducidos por sus encantos. Una doncella, á quien su educacion nada le ofrece de mas importante que el arte de seducir, no tarda en poner en práctica estas lecciones, cuando se ve en libertad: de aquí las intrigas y desarreglos que, como hemos visto, introducen entre los esposos eterna desunion y discordia: de aquí la ociosidad de las mugeres, cuyo fastidio las conduce á diversiones ruinosas ó á placeres culpables: de aquí esta vaciedad de espíritu que, al marchitarse su belleza, las hace inútiles, odiosas é incómodas en la sociedad, obligándolas á buscar, ya en las intrigas y tercerías, ya en una melancólica devocion, remedios contra el aburrimiento que las consume y devora.

Prescindiendo de las lecciones y ejemplos peligrosos de una madre sin pundonor ni seso, no hay situacion mas delorosa que la de su hija, principalmente si la naturaleza la ha dotado de alguna belleza: esta infeliz entonces no tarda en disgustar y hacerse aborrecible á su madre; apesadumbrada de ver eclipsados sus hechizos por la hermosura naciente de su hija, la mira como á una rival y enemiga perjudicial á sus pretensiones personales; por consecuencia la hace sufrir incesantemente su continuo mal humor, y los efectos á veces bárbaros y crueles

de

de su furiosa vanidad. Desgraciada por la dureza y el maltratamiento de su madre, se ve la hija precisada á tomar el primer partido que la liberte de la tiranía maternal, y lo menos malo es que, para sustraerse de ella, caiga bajo el despotismo de un marido que acaba con la muerte.

La educacion que se da á las jóvenes, no es capaz de preservarlas de estos inconvenientes. Para librarse de ellas, cuando ya incomodan á sus padres en sus placeres y extravíos, las meten estos en colegios ó conventos al cuidado de monjas y maestras, las cuales enteramente separadas del mundo, ninguna idea tienen de él. Las personas consagradas al celibato ¿serán jamas capaces de instruir á una jóven en los deberes de la vida conjugal? Unas mugeres faltas de esperiencia ¿como han de saber instruir y armarla contra las seducciones y peligros que no conocen sus mismas maestras? Si les dan algunas lecciones de moral, son comunmente desfiguradas con delirios y ridiculeces superticiosas, haciendo consistir ordinariamente la virtud en prácticas aparentes y exteriores, enteramente contrarias, ó poco interesantes al bien de la sociedad. Una educacion semejante solo es buena para llenar el alma de vanos escrúpulos, terrores pánicos, y pequenezes capaces de inquietar el sosiego del alma sin servir de freno poderoso á las pasiones que inspira y produce el mundo.

Tomo III.

F

Educada de esta manera una jóven sin talentos, sin ideas ni esperiencia, sale de repente de su cárcel para pasar á los brazos de un marido á quien no conoce, cuya felicidad y la de sus hijos ella misma debe hacer. Mas esta jóven, destituida de principios, y sin conocimiento de sus obligaciones, procede y obra por casualidad y á la ventura, y si no encuentra en su marido, por un feliz acaso, discrecion y luces que la sirvan de guia, presto cae en los lazos, y se ve dominada de los caprichos y locuras de una sociedad corrompida.

A la educacion funesta que se da á las mugeres, deben atribuirse visiblemente sus debilidades, sus imprudencias, sus pequenezes, los desórdenes que tan frecuentemente causan en el mundo, y en fin las aflicciones y fastidio que se acarrearán y sirven un dia de castigo á sus locuras. Nada es mas triste que la suerte de una muger que, sobreviviendo á sus atractivos, y en el abandono en que el mundo la deja, no encuentra en sí misma mas que un horroroso vacío con que suplir las adoraciones, los entretenimientos ruidosos y los continuos placeres á que se hallaba habituada. Sin embargo esta es la suerte á que la educacion las condena. Padres ignorantes y sin prevision descuidan instruir á estos entes sensibles, fortalecerlos contra los peligros de su corazon mismo, é inspirarles valor y virtud: no parece sino que temen que las cualidades morales del

alma perjudiquen á los adornos del cuerpo. ¿No es claro y evidente que un entendimiento ilustrado da á la hermosura mas realce é imperio, y que la virtud hará mas apreciable á esta hermosura, y la sustituirá cuando desaparezca? Como las flores delicadas y pasajeras, las mugeres se creen destinadas á agradar por algunos instantes, y no mas. ¿No deberian antes bien proponerse que fuesen mas durables los homenajes que las rinden? ¿Cuanto mas encantadora es la belleza, cuando está acompañada de pudor, de talentos, de razon y de virtudes! Una jóven bella y virtuosa es el objeto mas hermoso que la naturaleza puede ofrecer á nuestra vista.

No tema, pues, este sexo agradable, destinado á las delicias y dulzuras de que disfruta el hombre, de cultivar su entendimiento: los conocimientos útiles nunca ofenderán á sus gracias. Cuide sobre todo de cultivar un corazon que la naturaleza ha hecho susceptible de virtudes sociales. De este modo agradarán constantemente; ejercerán un imperio mas halagüeño y lisongero que ese poder efímero, debido solamente á los atractivos de la hermosura, tan fáciles y propensos á marchitarse; darán constancia á los afectos que legítimamente inspiraren; se grangearán homenajes sinceros, mas permanentes y apetecibles que los que las prodigan los engañosos seductores que solo aspiran á abusar de su flaqueza y credulidad,

serán honradas y deseadas durante su vida ; hasta en la vejez y en la soledad encontrarán en sí mismas los conocimientos que las adornen ; y por último gozarán de la estimacion pública y de una serenidad preferible al tumulto de los placeres , y á esas vanas diversiones , que ordinariamente ofrecen un entretenimiento momentáneo al mortal y continuo fastidio.

No hay la menor duda en que la conducta de las mugeres influye del modo mas notable y poderoso sobre las costumbres de los hombres. Así que todo debe convencernos que el mayor cuidado que se pusiese en la educacion de esta mitad la mas amable del género humano , produciria en la otra una feliz mudanza. Se dice , y con razon , que el trato de las mugeres contribuye á la sociabilidad de las costumbres ; pero lo que en las naciones vanas y corrompidas se califica de sociabilidad en las costumbres , no suele ser sino molicie , ligereza , descuido , y olvido de los propios deberes. Para complacer á las mugeres necias y atolondradas , los hombres únicamente piensan en adornos , trenes , y bagatelas , y se afeminan de este modo. La fortaleza de alma , la firmeza y virtud varonil ceden y dejan el lugar que tenian á la indolencia , al lujo , la necedad y la galantería. En los paises donde las mugeres locas están en posesion de dar el tono y modelar los gustos , la sociedad se llena de ociosos amantes , necios requebradores y toda clase de viciosos ;

pero los hombres de razon y virtud son rarísimos en los dichos paises. La educacion que se da á las mugeres , hace que sus hijos salgan señoritos mimados y corrompidos , á quienes para tener contentos es menester tenerlos divertidos.

Sin embargo de estas perniciosas influencias de la conducta de las mugeres en las costumbres nacionales , no demos oidos á las tristes declamaciones de algunos moralistas , antiguos y modernos , que se afanan en persuadirnos que la razon , solidez y prudencia no son propias de esta porcion preciosa de la sociedad. Una educacion muelle y en un todo defectuosa es la verdadera causa de que tantas mugeres tengan los cuerpos débiles y mucho mas las almas. Este carácter frívolo , esta especie de infancia perpetua , esta falta de hábito de reflexionar , las entregan irremediamente á la adulacion , á las asechanzas del vicio , á las vanidades del lujo y á todas las estravagancias introducidas por la negligencia de los legisladores , y por el fausto y corrupcion de las cortes , que hombres y mugeres sin seso hacen alarde de imitar.

No es la naturaleza la que da á tantas mugeres esa molicie , esa aversion al trabajo , esa debilidad de cuerpo y esas enfermedades habituales , tan comunes en las grandes y opulentas : estos efectos son producidos de falta de ejercicio y de una vida demasiado sensual , que impiden desde la edad mas tierna que adquieran los

cuerpos el vigor que necesitan, y contribuyen á que sea mayor su natural delicadeza. La vida disipada y los desórdenes que produce el lujo, hacen que las mugeres de una cierta clase no puedan ni quieran criar á sus hijos, violando de este modo el primero y mas sagrado deber que la naturaleza impone á las madres. Sin embargo, esta debilidad y flaqueza no son inherentes al sexo: las aldeanas nos muestran que tienen no solamente fuerza para cumplir con los deberes de madres, sino tambien que el hábito las hace capaces de soportar los mas duros trabajos.

En cuanto á la fortaleza de alma, los ejemplos de las ciudadanas de Lacedemonia y de Roma bastan para convencernos de que las mugeres, dirigidas por una educacion mas esforzada y varonil, y una sabia legislacion, son susceptibles de grandeza de alma, de patriotismo, de ardor por la gloria, de firmeza, valor, y, en una palabra, de todas las pasiones generosas; estos ejemplos debieran confundir y avergonzar á tantos hombres cobardes como vemos en los paises enervados por el lujo y el despotismo (1) dos cosas que degradan las

(1) Instándole una Señora á Cornelia, madre de los Gracos, para que le mostrase sus joyas y vestidos, esta solo le presentó á sus dos hijos. Segun Plutarco, las mugeres de Esparta se aflijian sobre manera cuando se les presentaban sus hijos despues de algun mal suceso en la guerra; en vez de que las madres de los hijos muertos en ella iban á dar gracias á los Dioses, y se daban reciprocamente el parabien.

almas y las separan de los objetos verdaderamente útiles y nobles: la tiranía no quiere reinar sino sobre personas sin actividad, ni elevacion, ni fortaleza, ni virtudes.

Es preciso, pues, repetirlo: solo de un gobierno vigilante y benéfico pueden esperar las naciones una educacion legal, mas conforme á las buenas costumbres, y mas ventajosa al bien de la sociedad. Sin recurrir á impuestos y gravámenes onerosos, los estados cultos y sabios hallarán medios abundantes de proporcionar á las diferentes clases de ciudadanos la educacion que necesitan, en las cuantiosas rentas de tantas casas y colegios erigidos á este intento, y que tan mal corresponden á su instituto y á las esperanzas del público. Honrando y recompensando la utilísima profesion de educar la juventud, los pueblos no carecerán ni de sabios, ni de hombres justos y rectos, que ayuden los designios y desvelos de los soberanos. Los conocimientos en todo género se simplifican, facilitan y perfeccionan de dia en dia: los principios de la moral, como hemos visto, son tan claros que, con la mayor facilidad, puede comprenderlos el mismo pueblo; este no es bárbaro y grosero sino porque se descuida su instruccion, y se le condena á vegetar en una ignorancia imbecil y salvaje. Los hijos de las gentes de pueblo están en casi todos los paises, abandonados á sus caprichos é irregularidades, viéndoselos en las calles y plazas

contraer desde la edad mas tierna, hábitos y vicios que los conducirán algun dia al cadalso.

Aunque, como hemos dicho arriba, todos los hombres no sean susceptibles de una educacion misma, y sea casi imposible educar los jóvenes precisamente de una misma manera, sin embargo es posible y fácil educar á los hombres en comun, dirigidos hácia ciertos objetos, é uniformar las pasiones de un pueblo. No hay en una nacion dos hombres en todo semejantes ni en el cuerpo ni en las facultades intelectuales (1); pero no obstante esto se halla una semejanza general en los rostros y en las ideas del mayor número de individuos. Aunque no haya dos españoles que se asemejen en un todo, sin embargo el caracter general de la nacion española, es la gravedad, la honradez, la taciturnidad y la pereza. Aunque dos franceses no sean enteramente semejantes, hallamos que la generalidad de la nacion es alegre, activa, urbana, sociable, voluble, vana y amante del lujo. El caracter y costumbres de las naciones dependen en primer lugar de la naturaleza del clima, que influye en los cuerpos; y en segundo del gobierno, de la educacion, las opiniones y los usos, que influyen en el ánimo y forman las costumbres nacionales: estas costumbres nunca son mas que hábitos contraidos

(1) *Mille hominum species, et rerum discolor usus:  
Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.*

Pers. Satyr. 5. vers. 52 et 53.

por el mayor número de hombres que componen las naciones.

Sin necesidad de las luces y conocimientos que la educacion proporciona á las personas de un orden elevado, el pueblo es susceptible de recibir aquella parte de instruccion y de moral, la necesaria para su conducta, ó para minorar al menos los vicios que ordinariamente le corrompen. Por una negligencia lastimosa de casi todos los gobiernos, la infancia del hombre del pueblo está enteramente abandonada; los primeros años de los pobres son del todo perdidos. Los soberanos, si fuesen vigilantes, lograrían fácilmente inspirar costumbres mas racionales á los que la preocupacion considera menos susceptibles de ellas. Se dice que el gobierno de China ha llegado á conseguir que la urbanidad y cortesía sean populares; sin corregir las costumbres ha corregido los modales, cuando á muy poco mas de trabajo hubiera podido hacer popular la virtud. Los viajeros cuentan que desde la edad mas tierna se ve impresa la gravedad en el rostro de los niños Arabes, y se los advierte tan compuestos y mesurados en su infancia, como en otros países son los hombres atolondrados y petulantes.

Prescindiendo de la negligencia del gobierno, que por lo comun cierra los ojos sobre las costumbres populares, el estado de envilecimiento en que el mismo pueblo está, su dependencia escesiva, y la opresion y desprecio que sufre de



sus superiores, contribuyen ademas á corromperle. Todo hombre que se menosprecia á sí, no teme ser despreciado de otros; el que ha perdido la esperanza de ser apreciado, se abandona al vicio, y de nada se avergüenza. He aquí, sin duda, el porque se halla tanta bajeza y picardía, tantas rapiñas, tan poca probidad, tan poca decencia y buena fe en regatones y revendedores, en artesanos, en criados, y, en una palabra, en las clases subalternas del pueblo. Las personas de esta clase adoptan y observan todo lo que no los conduce directamente al patíbulo.

Degradando y envileciendo á los hombres, se destruye en ellos todo pensamiento decoroso, y el honor y virtud son nulos para ellos. El despotismo, que forma esclavos opresores y esclavos oprimidos, forzosa y visiblemente debe destruir el honor en todas las almas. El cortesano, á quien envilece su señor, envilece despues á cuantos le rodean; y envilecidos todos progresivamente, terminan entregándose á toda suerte de infamias. Sola una libertad justa y legitima puede inspirar sentimientos de honor. Un esclavo jamas tendrá una idea alta de sí mismo; será, sí, fatuo, vano, atrevido y orgulloso; mas nunca tendrá la nobleza de ánimo que solamente dan la libertad y la seguridad.

En las naciones donde reina el lujo, todo contribuye, como frecuentemente hemos repe-

tido, á pervertir las costumbres del pueblo: el lujo inventa diversiones y placeres análogos á los de sus superiores; él necesita de espectáculos, farzas, tabernas y ventorrillos, que no solo le hacen perder tiempo y dinero, sino que ademas corrompen las costumbres é inducen á delitos. Es grande imprudencia en el gobierno acostumar al pueblo á continuas diversiones; los que por este medio se proponen tenerle tranquilo, y distraerle y divertirle en su miseria, se engañan mucho, pues solo consiguen con esto aumentar sus desgracias, é incitarle al desórden y á la rebellion. El pueblo debe trabajar; para que esté tranquilo y sea bueno, es preciso instruirle, aliviarle y socorrerle.

Escuelas de buenas costumbres, adaptadas á la capacidad de los niños mas groseros, pondrian á una política atenta y vigilante en disposicion á lo menos de experimentar si era posible hacer á las gentes del pueblo mejores y mas sociables de lo que son comunmente. Los establecimientos de esta especie, fomentados y protegidos, cambiarian quizá en poco tiempo las costumbres de un vasto imperio. Pero las tentativas mas fáciles le parecen á la pereza rodeadas de dificultades invencibles, ó disgustan y ofenden al despotismo. Los soberanos serán siempre dueños de las costumbres de los pueblos; ellos tienen en sus manos todo lo que puede mover las voluntades de

los hombres, y pueden á su arbitrio inclinarlos al vicio ó la virtud. Si los soberanos concediesen á la reforma de la educacion pública la mitad de los socorros y cuidados que conceden al sostenimiento y proteccion de una multitud de instituciones inútiles, los pueblos tendrian bien pronto la instruccion que tanto necesitan. Si las lecciones de la moral fuesen favorecidas y patrocinadas con honores y recompensas, las naciones tendrian sugetos capaces y prontos á instruirlos. En fin, si las buenas costumbres condujesen al honor y á la fortuna, es bien cierto que se lograria prontamente en las naciones la suspirada reforma de las presentes. Si los príncipes amigos de las artes en poquísimo tiempo las han hecho florecer y prosperar en sus estados ¿que duda tiene que los príncipes virtuosos criarían virtudes en sus pueblos con la misma facilidad?

¿No es bien extraño que en los grandes imperios no haya escuela ninguna para formar en ella economistas, políticos, comerciantes, ministros, hombres capaces de auxiliar á los soberanos en los diversos cuidados de la administracion pública? El favor que obtienen comúnmente la intriga y la bajeza ¿basta acaso para infundir las cualidades que exigen los empleos importantes que moderan el destino de los imperios? No nos admiremos de ver al despotismo, perpetuamente víctima de sus errores y locuras, destruir los estados tanto con su torpeza

é ignorancia, como con la incapacidad de los agentes de que se vale.

Tampoco debemos admirarnos de ver al vicio y al crimen reinar sobre las naciones, cuyos gobiernos tan infatuados y ciegos están que parece que ignoran que una buena educacion, una sana moral y buenas leyes, apoyadas en recompensas y castigos, sofocarían las semillas de vicios y delitos, y escusarían los suplicios crueles que además son inútiles mientras no se remedien los males en su origen. *Trabaja*, dice Confucio, *en impedir delitos para no necesitar de castigos.*

Por poco que se reflexione, forzosamente se reconocerá que, hablando con propiedad, solo hay una ciencia interesante á los habitantes del mundo, en la cual terminan y á la que deben contribuir todos los conocimientos humanos: esta ciencia es la moral, que abraza las acciones y deberes del hombre en sociedad. La moral, aplicada á los diferentes estados de la vida, es realmente la que la educacion debe enseñar á la juventud. ¿Que es en efecto educar á un joven? es comunicarle de antemano los conocimientos necesarios al estado que elija; es habituarle á observar la conducta mas conveniente para ser estimado y querido de aquellos con quienes tendrá relaciones; es indicarle los medios de ser feliz, contribuyendo de uno ú de otro modo á la utilidad, los placeres y la satisfaccion de los otros. La madre, ó la nutriz que enseña al niño

á esplicar sus primeras ideas con labio balbuciente, le hace contraer el hábito de hablar con los hombres y le enseña las cosas que le serán apreciables un día en razon de su utilidad ó deleite. Al aprender á leer, comienza el niño á recoger hechos, conocimientos, ejemplos y experiencias que el día de mañana le servirán para su propia instruccion y la de los otros. La religion, que desde los primeros años se inspira á los niños, tiene por objeto hacerlos justos, humanos, sociables y benéficos, porque de lo contrario se ofenderia y desagradaria al autor de la naturaleza, lleno de amor y beneficencia con los hombres. La historia es útil en cuanto nos presenta pruebas multiplicadas de los efectos terribles que han producido en la tierra las pasiones y locuras de los mortales. La erudicion, la lectura de los antiguos, el estudio de las lenguas muertas serán ocupaciones bien inútiles, si no nos facilitan aprovecharnos de los antiguos sabios, á aplicar la razon de los siglos pasados á nuestra conducta presente. La jurisprudencia es el conocimiento de las reglas establecidas para la observancia y mantenimiento de la justicia, y la paz entre los hombres. Lo que se llama *derecho natural y de gentes*, no es otra cosa, como hemos visto, que la moral de las naciones entre sí. La política ¿es mas que el conocimiento de los mutuos deberes que unen y ligan á súbditos y soberanos, esto es, la moral de los reyes?

La moral, pues, debiera ser el único objeto de todas las ciencias que se enseñan á la juventud: todas á su modo deben contribuir á formar á los hombres mejores y mas útiles: todas deben, por diversos medios, concurrir al logro de la felicidad general con el bienestar de los individuos. Trabajando para todos, el sabio adquiere legítimos derechos á su propia subsistencia, al premio, á la gloria, y al aprecio del público. El mérito de la física, de la mecánica, de la astronomía, *etc.*, no puede fundarse sino es en el bien que estas ciencias producen á los hombres. Las artes, las manufacturas, el comercio, la agricultura, y los diferentes oficios y ocupaciones proporcionan al pueblo mil medios de subsistir y de grangearse una honesta fortuna; contribuyendo al bien de la sociedad, el pueblo trabaja en su propia felicidad. La moral, tan vergonzosamente desatendida en la educacion, es evidentemente el vicio de la sociedad; ella obliga, sin que lo sepan ni conozcan, á los mismos ingratos que la desdeñan. Aprender á ser útil, para vivir feliz en este mundo, he aquí lo que la educacion, de acuerdo con la verdadera Moral, debe repetir incesantemente á los hombres.